

Hugo Chávez

reivindica el proyecto
de **Ezequiel**
Zamora



Con motivo del gran homenaje que se rinde hoy al líder revolucionario campesino, reproducimos el discurso del comandante eterno Hugo Chávez Frías frente al sarcófago del General del Pueblo Soberano, en el Panteón Nacional, el 1 de febrero de 2001 |/ Edgar Vargas

Su legado de unidad cívico-militar está hoy más vigente que nunca

¿Por qué Zamora?

T/ Hugo Rafael Chávez Frías
F/ AVN y Archivo CO
I/ Vargas y El Tano
Caracas

Hemos venido hoy a rendir tributo a un gran venezolano, y es una manera de comenzar el mes de febrero. Febrero es un mes especial para los venezolanos. En la historia, a lo largo de los años, de las décadas, febrero siempre ha sido un mes que marca pauta, no solo cada año, sino cada década, cada siglo.

Primero de febrero: nacimiento de Ezequiel Zamora, uno de los hombres que más impactó la historia venezolana del siglo XIX, y cuya obra y genio trató de ser sepultado por la oligarquía, trató de ser desconocido por las clases dominantes que se adueñaron del país, de sus recursos, y traicionaron el sueño bolivariano.

¿Por qué Zamora? Decía algún buen historiador que los hombres realmente hacen la historia, pero no en las circunstancias que ellos deciden. Los hombres hacen la historia marcados por las circunstancias que los rodean en un momento determinado, en el transcurso del tiempo y en un espacio determinado.

¿Por qué hemos venido hoy a rendirle tributo a Ezequiel Zamora? Es conveniente recordar, compatriotas, que Zamora nació un día como hoy, en 1817, muy cerca de aquí, en Cúa, en los Valles del Tuy. Nació Zamora en plena guerra de Independencia, en plena efervescencia revolucionaria; nació Zamora en las calles del pueblo y con el pueblo, en cuna humilde; campesinos

luchadores sus padres.

Nació Zamora el año en que se consolidaba la liberación de oriente, por ejemplo. Nació Zamora en un territorio que estaba dominado –el centro del país– por el Gobierno español, recordemos eso, conveniente es recordarlo.

Caracas estaba en manos del Gobierno español y por tanto el centro del país, y Cúa está allí en un punto estratégico de unión con los llanos del Guárico, con los Valles del Tuy, y por allí hacia oriente y hacia el centro del país.

El oriente estaba en manos de los patriotas, había conducido Simón Bolívar y habían conducido los libertadores de oriente así llamados: Santiago Mariño, los hermanos José Francisco y Bernardo Bermúdez, Antonio José de Sucre, Manuel Piar; el pueblo oriental y el pueblo venezolano, la Campaña de Oriente y la liberación de oriente.

Ahí nació Zamora, en este espacio geográfico, en los Valles del Tuy que era paso obligado de tropas, de pueblos, de viajeros y de noticias desde el centro del país hacia oriente y hacia los llanos del centro.



“Nosotros venimos a llamarlos para que nos sigan acompañando en la batalla de cada esquina, de cada pueblo, de cada día, de cada lugar, con su ejemplo, porque fueron mártires de la revolución”

Tenía Zamora apenas 2 años cuando Bolívar lanza el Discurso de Angostura y cuando nace la III República. Creció Zamora oyendo, sin duda, las noticias del triunfo de la revolución. Tenía Zamora 4 años cuando en Carabobo se concentra el ejército y el pueblo, al mando del genio Libertador en 1821; le da

al pueblo la gran victoria de la revolución definitiva para echar de Venezuela al Imperio Español.

Tenía Zamora 13 años recién cumplidos cuando, seguramente, se enteró aquel niño que habían asesinado al Mariscal Sucre en Berruecos, Colombia, y estaba a punto de cumplir 14 años cuando seguramente se enteró, como el pueblo venezolano y los jóvenes venezolanos, de la muerte de Bolívar en Santa Marta, Colombia, y de la traición a la revolución de Independencia.

Es decir, aquel niño creció entre los pobres, el pueblo, los campesinos que esperaban justicia. Aquel niño sintió seguramente, al calor de su hogar, sus contemporáneos, su pueblo del Tuy y los pueblos del centro del país.

Seguramente fue invadido por la esperanza, claro, la esperanza que tenía el pueblo en 1819, 1821, 1824, el triunfo de la Batalla de Ayacucho; y también, seguro que aquel niño fue invadido por la desesperanza, como invadió la desesperanza al pueblo venezolano, después de la muerte de Sucre y de Bolívar y después de la fractura del sueño unitario de la Gran Colombia.

Y seguramente creció aquel niño –ya joven después, con la revolución de las reformas– oyendo, ahí en el mero centro del país, y nuevas esclavitudes vinieron; una clase oligarca insensible se adueñó del país y de sus riquezas, y el pueblo y los soldados que combatieron detrás de Bolívar, Sucre, Mariño y Páez, y todos engañados quedaron peor.

Nuevos amos vinieron a sentarse en las sillas del poder y a favorecer a las élites, ya no españolas, ahora criollas. Un nuevo colonialismo se fue sembrando en Venezuela.

Así que no es difícil entender, tomando en cuenta estos antecedentes y este marco histórico, por qué Zamora en los últimos años de la década del 40 ya andaba dirigiendo rebeliones campesinas por el centro del país: 1848.

Cuando tenía apenas 31 años (...) fue apresado, condenado a muerte. Se fugó de la cárcel en Villa de Cura, estaba prisionero, y luego, con los cambios que da la historia, se hizo oficial del ejército regular.

En 1858, al lado de Juan Crisóstomo Falcón y otros patriotas, condujo la Re-

volución Federal, la Guerra Federal, como lo recordábamos hace apenas veinte días en San Carlos de Cojedes. Zamora muere en plena revolución (...).

Genio militar lo era, sin duda; nosotros como soldados debemos rendirle tributo a un gran soldado.

(...) Así creció Zamora en el dilema de una revolución que no cuajó finalmente, en el dilema de una revolución de independencia. Sí, fue derrotado el Imperio Español y Venezuela obtuvo su independencia política de España, pero el pueblo siguió igual o peor que antes de la independencia.

CONOCER AL LÍDER

(...) Digo esto solo para que el pueblo venezolano conozca, cada día más, de quién estamos hablando, de Ezequiel Zamora, genio de la guerra y revolucionario de la política; un líder popular y un líder militar.

Todos sabemos que Mao Tse-tung lanzó aquella frase que tiene una gran verdad y que en Venezuela se está aplicando hoy. Mao dijo: “El pueblo es al ejército como el agua al pez” y eso es verdad.

Ese pueblo soberano es el agua del soldado y el soldado navega en el agua del pueblo. Sin pueblo no hay vida para un soldado, sin pueblo no hay sentido de existencia para un soldado, es la unión del pueblo y el soldado, es la unión de la Fuerza Armada y el pueblo, y esa hoy en día es –lo sabemos todos– la principal fortaleza de la Revolución Bolivariana: pueblo y Fuerza Armada

unidos. Y Zamora es un símbolo profundo, es un símbolo tremendo de esta idea y de esta *praxis*.

Pero mucho antes que Mao, ya lo decía también Zamora, Bolívar también lo decía. Bolívar en alguna ocasión dijo: “Fuera del ejército, estoy fuera de mi centro”. Y ustedes entienden, muchachos de la Armada, de la Guardia Nacional y de la Fuerza Aérea, que en aquel tiempo había solo Ejército, por eso cuando uno oye a Bolívar decir “del ejército”, está hablando del soldado, de la Fuerza Armada de hoy.

Ahora nosotros con cuatro componentes, pero una sola Fuerza Armada: el mismo espíritu unitario bolivariano, revolucionario, zamorano, robinsoniano, en función de la justicia, en función de un pueblo.

Así que Zamora es signo de esta lucha ideológica, de esta lucha concreta, tanto para los soldados como para el pueblo, para los de uniforme y los que no lo portan(...).

En algunos retratos de Zamora –ustedes seguramente los han visto–, en algunas ocasiones Zamora usaba un sombrero de cogollo y sobre ese sombrero se colocaba su gorra militar y decía que esa era la simbología de la unión: el sombrero de cogollo representando al pueblo soberano y la gorra militar representando a los soldados del pueblo. “Unidos invencibles”, como diría Simón Bolívar, el Libertador.

Ustedes saben que nosotros no venimos al Panteón Nacional solo a rendir tributo y a recordar y a dar discursos acartonados y a oír las notas del Him-

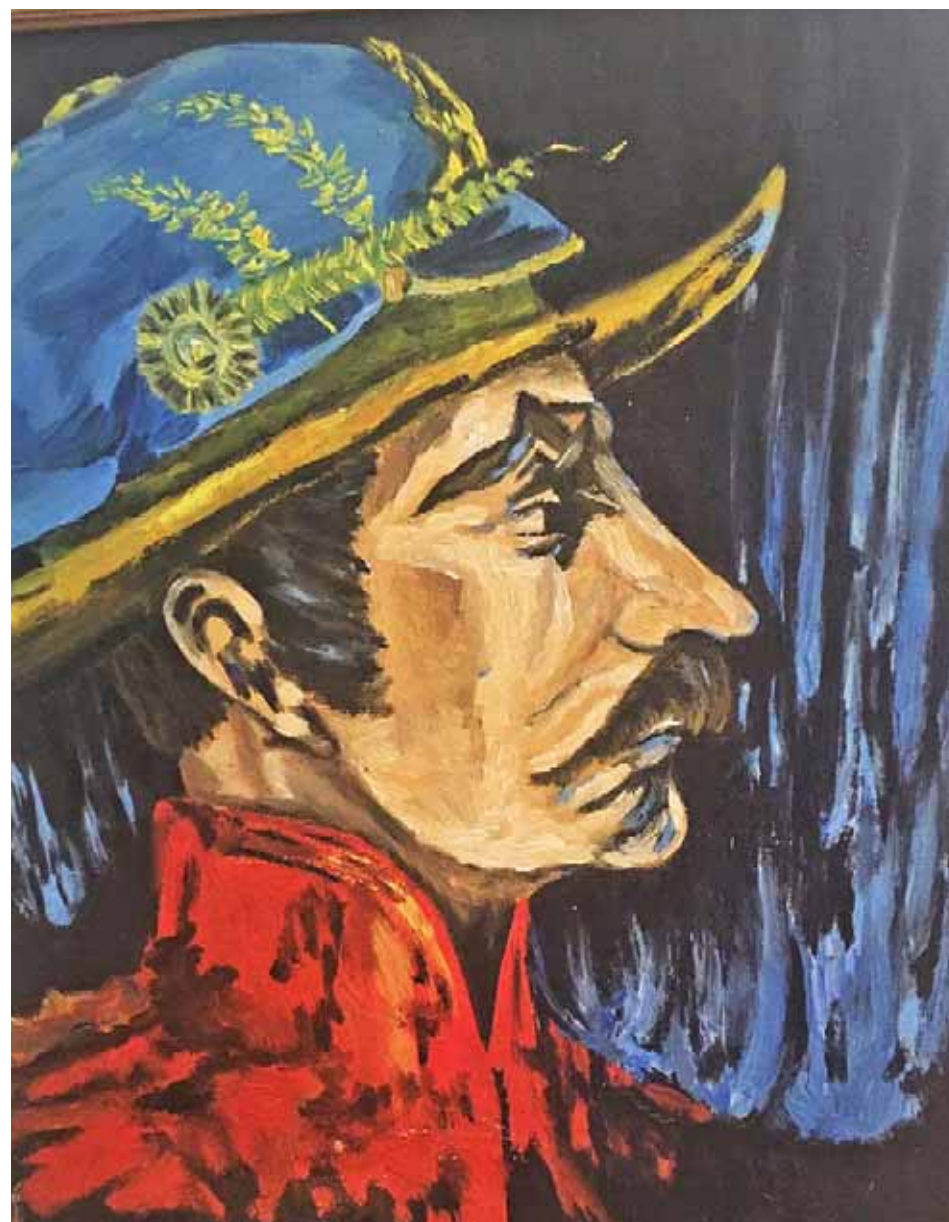
“Ese pueblo soberano es el agua del soldado y el soldado navega en el agua del pueblo. Sin pueblo no hay vida para un soldado, sin pueblo no hay sentido de existencia para un soldado, es la unión del pueblo y el soldado”

no Nacional o del Himno Federal, y a colocar flores.

(...) Ahora no, nosotros venimos a llamarlos para que nos sigan acompañando en la batalla de cada esquina, de cada pueblo, de cada día, de cada lugar, con su ejemplo, porque fueron mártires de la revolución.

Pónganse ustedes a pensar en esto, cuando mataron a Zamora –un mes después de la Batalla de Santa Inés, y todavía no se sabe, y seguro nunca se sabrá, de dónde salió la bala asesina– murió la esencia de la revolución, a pesar de que continuó la guerra por varios años. Pero Zamora representaba la esencia de aquella revolución, la encarnaba lamentablemente solo en él, como quedó demostrado.

Pero lo que les quería decir es que cuando matan a Zamora –una bala asesina, traicionera, misteriosa– Zamora tenía 43 años de edad. Cuando muere Bolívar en Santa Marta tenía 47 años. Cuando muere Sucre, asesinado también, en Berruecos, Sucre tenía 35 años y ya era Gran Mariscal; jóvenes todos,



Inmortalizado por el trazo de Comandante Hugo Chávez Frías

mártires del pueblo, mártires de este pueblo.

HOY MÁS QUE NUNCA

Hoy más que nunca el pueblo venezolano debe tomar el ejemplo de aquellos hombres, y ¡que vivan con nosotros

Bolívar, Sucre y Zamora, los líderes y los mártires de este pueblo, y cuántos hombres y mujeres!

Zamora, en resumen, representa eso, un ejemplo a seguir por nosotros, por nuestros jóvenes, por nuestros niños, por nuestros hombres, por nuestras mujeres, por nuestros soldados; darlo todo por el pueblo, por la justicia social.

Zamora, cuando insurge en armas y cuando dirige la Revolución Federal, proclama de nuevo los sueños de Bolívar.

(...) Los perdedores no escriben la historia oficial, y entonces viene impregnada de la visión de quien la escribe, de la subjetividad de quien la escribe; y a Zamora, por supuesto, lo maltrató la oligarquía. Los diarios de Caracas de aquel momento estaban en manos de la oligarquía, con alguna excepción, pero en los más importantes diarios.

Por ejemplo, se dice que Zamora llegaba a los pueblos y quemaba todas las casas, violaba a todas las mujeres; a los niños se los llevaba para la guerra. Todo eso está escrito en los diarios de aquel momento, claro, manejados por los oligarcas que le tenían miedo, como siempre le han tenido miedo, a los cambios verdaderos; que han defendido siempre sus bastardos privilegios y nunca le ha dolido el hambre y la miseria y el dolor de un pueblo heroico como es el pueblo venezolano.





Escultura de Ezequiel Zamora realizada en bronce por Vital Dubray en el año 1881

“Así que Zamora es signo de esta lucha ideológica, de esta lucha concreta, tanto para los soldados como para el pueblo, para los de uniforme y los que no lo portan”

Viene de la página anterior

(...) Si ustedes los buscan, lo que está escrito en sus páginas, (no había radio, no había televisión, pero sí había diarios, periódicos) –en 1860, busquen ustedes los escritos de los meses de enero, febrero, marzo de 1860, incluso mucho antes, 1859, anoche estaba leyendo algunas copias de artículos que salían todos los días en los diarios de Caracas y del país en aquellos años–, a Zamora lo llamaban, entre otras cosas, “el monstruo salido del averno”; así llamaba la oligarquía caraqueña a Ezequiel Zamora, “la amenaza del infierno” (...).

Yo, hoy, 1 de febrero, aprovecho este evento popular-militar, este homenaje a Zamora, su idea y su ejemplo, para seguir llamando a todos los venezolanos a la unión, pero la unión requiere que todos nos desprendamos de nuestros privilegios.

Requiere la unión verdadera que todos nos desprendamos de algunos de nuestros intereses y que miremos y privilegiemos el interés de la mayoría,

el interés del colectivo, que es sagrado cuando se compara con el interés individual.

El interés del pueblo está por encima del interés de las individualidades o de los pequeños grupos pudientes del país. Aprovecho para hacer un llamado, pues, a la sensibilidad, al amor, pero a que lo demos más allá de las palabras, que demos que lo que más importa es el país nacional, el interés general.

En Zamora –hombres y mujeres, pueblo y soldados–, tenemos un ejemplo de un gran luchador que no es, por supuesto, ni fue nunca ni será, “la bestia venida del averno”; no.

Un luchador social; un luchador que emprendió el mismo camino bolivariano y dio su vida en ese camino, un hombre con una idea clara. Hay que leer sus proclamas, sus escritos; hay que mirar sus acciones para concluir en la gran figura que fue Zamora, en el gran ejemplo para todos nosotros hoy.

“Tierras libres –decía–, hombres libres”, libertad, igualdad, viejos lemas y viejos sueños de la humanidad entera y del pueblo venezolano entero.

(...) Lo más importante de Zamora es que todavía vive en el alma del pueblo y en el alma de los soldados venezolanos, en la lucha revolucionaria, ahora por los caminos de la paz y de la democracia, pero con las mismas metas de justicia, de libertad y de igualdad para el pueblo bolivariano y para el pueblo zamorano. ¡Que viva Ezequiel Zamora para siempre!

Hoy las banderas del héroe están vivas y en las manos del pueblo

Firme e irreductible

Freddy J. Melo
Caracas

En este bicentenario quiero sumarme al homenaje a un hombre que surgió de las propias entrañas del pueblo y marchó iluminado con su luz, y que en momentos cruciales para la vida de Venezuela encarnó las más hondas esperanzas de sus irredentos campesinos y sus pobres, quienes lo convirtieron en guía, esperanza, jefe y general de su soberanía.

Bien sabido es que su nombre ha tratado de ser oscurecido por el atávico sentimiento revanchista oligárquico.

Se ha buscado invisibilizarlo porque no transigió, porque cuando los felones de siempre comenzaron a defraudar los anhelos de los oprimidos, el general Ezequiel Zamora, hoy recobrado por la inmortalidad, no estaba en las filas de los conciliadores.

Fue un combatiente de clase, firme e irreductible, y por eso sus banderas flamean ahora triunfalmente en las manos de los campesinos, los obreros y las capas medias progresistas de Venezuela.

La bala que le segó la vida salió de las propias filas del ejército del cual era conductor insuperable, pero del campo social opuesto, que allí también tenía cancha; y si bien no se realizó una pesquiza cabal y –sigo a Federico Brito Figueroa– solo se identificó al miserable homicida (quien logró huir dejando en su reemplazo a un fusilado de apellido igual), los venezolanos dignos del gentilicio han percibido desde entonces unos como ojos de Caín circundando los rostros de Juan Crisóstomo Falcón y Antonio Guzmán Blanco.

No podríamos afirmar que de haber sobrevivido al balazo de San Carlos el heroico caudillo hubiera podido llevar hasta sus últimas consecuencias la Revolución.

No es posible afirmarlo, porque, aunque no dudamos de la integridad –y no lo dudamos– del gran capitán popular, no se daban las condiciones sociales ni el desarrollo necesario, no había en las ciudades venezolanas los obreros, aliados imprescindibles para el triunfo de la causa campesina, no existía un desarrollo capitalista que permitiera lograr el verdadero tránsito que en esos momentos exigía la historia.

Por tales razones, la Guerra Federal, a pesar de que convulsionó hasta



Con sombrero y quepis por Carlos Vargas

los cimientos la sociedad venezolana, no tuvo el alcance y no puede tener el cognomento de revolución verdadera.

Fue un gran movimiento revolucionario, un sacudimiento de las masas, pero no culminó con objetivos revolucionarios conquistados.

Produjo sí, como siempre que la presencia de las multitudes entra en el escenario de la historia, algunos cambios importantes: logró una medida de democracia social, un sentido relativo de igualdad social y étnica, un patrimonio que nos ha enorgullecido aunque sin arrancar la raíz de las discriminaciones. Pues no pudo destruir la estructura latifundista ni por lo tanto crear una nueva sociedad, una sociedad que hubiera hecho avanzar al país y librándolo de muchos de los azotes que posteriormente ha sufrido.

Zamora y sus campesinos lucharon, no por una reforma agraria concebida a la luz de las teorías contemporáneas, pero sí por lo que los campesinos sentían, por lo que es más esencial en toda reforma agraria: la posesión de la tierra.

Y fue esa consigna, que ya había movido a las masas desde José Tomás Boves, desde José Antonio Páez, que había modelado la suerte de toda nuestra historia, la que hizo que en el corazón de los venezolanos se sembrara para siempre el nombre de Ezequiel Zamora. Porque esa consigna fue dignamente sostenida hasta el momento final, y hoy las banderas, la herencia, el legado del héroe están vivos y de las manos del pueblo no caerán.